

C. Benninghaus, D. Bering, R. Bessel,  
C. Conrad, C. Eisenberg, P. Gay, T. Kühne,  
T. Mergel, M. Niehuss, J. Requate,  
H. Spode, R. Stichweh, R. Strobel

# El hombre del siglo xx

Edición de Ute Frevert y Heinz-Gerhard Haupt

Versión española de:  
José Luis Gil Aristu

Alianza Editorial

«Mi madre no tiene que trabajar.» Con esta frase crecí a finales de la década de 1950 y en la de 1960, rodeada de compañeras de colegio y camaradas de juego ninguna de cuyas madres tenía que trabajar: eran amas de casa. Así aprendí muy pronto la diferencia entre el «trabajo» y la actividad de las amas de casa, que se me antojaba como algo mejor. Hubieron de pasar muchos años hasta que comprendí que también las mujeres que tenían que trabajar llevaban su hogar: cocinaban, hacían la compra, limpiaban y remendaban, preparaban el desayuno a sus hijos y los acostaban. Hacían todo aquello además de su actividad laboral y, por tanto, no se consideraban amas de casa. Sus hijos iban a la guardería o, cuando ya eran algo mayores, acudían al parvulario anejo a un colegio —instituciones que suscitaban en la niña que era yo en aquellos años una sensación de cierto desamparo—. «Guarderías» y «parvularios», según mi impresión infantil, eran lugares a los que acudían los hijos de obreros cuyas madres sí tenían que trabajar y no podían ocuparse de sus niños.

Pero, luego, cambiaron los tiempos. La economía en auge inventó el puesto de trabajo a tiempo parcial para las mujeres y las atrajo más y más hacia las actividades asalariadas. Al mismo tiempo, la tecnificación del hogar liberó fuerzas, y las madres que ganaban un dinero disfrutaron de la revalorización de sus funciones en las familias. Es cierto que, además, debían seguir llevando y organizando bien la casa y el cuidado de los hijos, pues no podían contar con la ayuda de sus maridos. Pero, en algún momento, casi todos los niños acudieron a la guardería, incluso aquellos cuyas madres se quedaban en casa el día entero. En la década de 1970, las amas de casa de dedicación ple-

na seguían siendo una abrumadora mayoría entre las mujeres casadas, y las esposas trabajadoras, sobre todo las que eran madres, constituían todavía una minoría; sin embargo, su manera de «llevar la casa por añadidura» había impuesto al «ama de casa a tiempo completo» la obligación de justificarse. El ama de casa dejó de ser el símbolo ufano de la clase media de entreguerras y de los años cincuenta del siglo xx —aquella persona que no tenía que ir a trabajar—, para convertirse en la mujer de «sus labores» en el último cuarto de nuestro siglo.

Así fue como evolucionó la situación en la Alemania occidental de la posguerra, donde las amas de casa eran (hasta hoy) la mayoría de las mujeres casadas. «En el otro lado», sin embargo, las cosas tenían un aspecto distinto. Tras el telón de acero, en la época en que «RDA» se escribía todavía entre comillas en la prensa occidental, faltaba mano de obra en todos los oficios. Hasta la construcción del muro, en 1961, millones de personas, sobre todo hombres jóvenes con buena formación, huyeron a Occidente y obligaron a los responsables del Estado socialista a incorporar cada vez más la población femenina al mundo laboral. Aquello tuvo consecuencias importantes para todas las mujeres de la RDA. No tardaron en contratarse muchachas como aprendices para puestos ocupados hasta entonces casi exclusivamente por hombres. La imagen de una mujer en la cabina de una grúa gigante se convirtió, realmente, en símbolo de la trabajadora socialista. Tal como se decía en la década de 1980, «la mujer está hecha todo un hombre». Por lo demás, la propaganda estatal, siempre presente, se preocupó de que el trabajo exclusivo de ama de casa como proyecto de vida quedara relegado progresivamente a un segundo plano. El Estado no permitía dudar ni lo más mínimo de que el trabajo productivo tenía prioridad tanto entre los hombres como entre las mujeres. Durante un tiempo estuvo mal visto incluso el trabajo a media jornada, pues privaba a la economía de media mano de obra. Una tercera consecuencia de la elevada y constante demanda laboral fue la creciente oferta de guarderías infantiles públicas. Es cierto que hasta que se pudo cubrir más o menos la necesidad de jardines de infancia, guarderías y parvularios hubo de pasar más de una década; pero aquel objetivo acabó consiguiéndose y descargó a las madres de su obligación de cuidar de los niños. La propaganda las alivió también de su mala conciencia: en la RDA no había «madres desnaturalizadas». ¿Y las tareas del hogar? Siguieron siendo, como en todo el mundo, cosa de mujeres. Las invocaciones bienintencionadas a la colaboración del esposo en el hogar produjeron un cambio tan escaso en la situación como la introducción de las nuevas tecnologías, elogiadas por igual por los maridos tanto del este como del oeste como la pancea que iba a resolver la pesada carga de las labores hogareñas.

Las amas de casa constituían en Alemania occidental la mayoría de las mujeres casadas, y una clara minoría en la RDA, mientras que, después de 1990, volvieron a ser mayoritarias en el conjunto de Alemania —no tanto porque las mujeres germanooccidentales superaran en número a las del Este, sino porque el agravamiento de las condiciones laborales las obligaron a volver a las tareas del hogar en los nuevos *Länder* de la República Federal.

Pero, ¿existe, realmente, y ha existido el «ama de casa»? La respuesta es: sí y no. No, al comenzar nuestro siglo no existía todavía y, su representante tipológico era absolutamente específico de una clase. Se trata del ama de casa de las clases media alta y alta situada al frente de la servidumbre y cuya actividad consistía en delegar trabajos y supervisar al personal; como persona dedicada a funciones de representación y a visitar círculos de su nivel social, no tenía nada en común con el ama de casa de un obrero especializado que hacía todo sin contar con nadie, que se responsabilizaba no sólo de la vivienda, la alimentación y la educación de los hijos, sino que, en las zonas rurales, cultivaba además un gran huerto como agricultora auxiliar y criaba y daba de comer al ganado menor. Entre esos dos extremos había variantes específicas según estratos sociales, con más o menos personal de servicio y un presupuesto mayor o menor.

Después de la Segunda Guerra Mundial y tras la tercera gran crisis económica del siglo xx se igualaron, en primer lugar, las grandes diferencias entre capas sociales: sobre las ruinas de las ciudades bombardeadas comenzó a desarrollarse la construcción de viviendas sociales. Familias de médicos y obreros ocuparon por igual los espacios recién creados. La tecnificación de los hogares afectó también a todos los estratos de la sociedad en los inicios del período de crecimiento económico. La servidumbre desapareció incluso en las familias de clase alta, y, desde 1960, tanto la mujer del médico como la del obrero especializado tuvieron que lavar la colada en su nueva lavadora de marca Constructa. Poco a poco fue formándose la imagen del ama de casa moderna que evolucionó a partir de la década de 1950 hasta constituir, por así decirlo, un tipo.

#### LAS TAREAS DEL HOGAR

Mi abuela Toni procedía de una familia de pocos medios, según la expresión corriente. Acabada la Primera Guerra Mundial se casó con un policía y vivió con él en la cuenca del Ruhr, en una vivienda para funcionarios. En el período de entreguerras, Toni estuvo al frente de su hogar: hacía la compra, lavaba las verduras, cultivadas en parte en su propia parcela, limpiaba las piezas de caza y pesca que mi abuelo

trata a veces a casa, fregaba el suelo de parqué y se encargaba incluso de acuchillar lo. Una vez por semana, cada lunes, hacía la colada principal en su propia tina de lavado guardada en la bodega: todo un día de duro trabajo. Los lunes sólo se cocinaba «un poco». Mi abuela cosía ella misma la ropa de sus hijas adolescentes, hacía punto y gan-chillo y zurcía.

Cada una de esas tareas requería mucho tiempo. El día de la gran colada, por ejemplo, duraba en realidad más de una jornada: la ropa debía ablandarse ya de víspera; algunas partes tenían, además, que almidonarse y —según el tiempo y la estación del año— las prendas colgadas para secar no se podían recoger hasta algunos días después para ser planchadas a continuación. Los lunes de colada suponían una dura faena para todas las amas de casa, y la que se lo podía permitir contrataba a una fregona para aquella fatigosa actividad. El esfuerzo físico podía ser en esos casos muy diferente. En muchos hogares se cocía la colada en el hogar, removiéndola y vigilándola constantemente. Muchos hogares disponían ya de «lavadoras», unas tinajas con paletas accionadas por fuerza hidráulica, que ahorraban al ama de casa la tarea del removido. Por lo demás, la ropa sucia arde de maravilla, así que calentar el agua para el lavado era un asunto complejo —y con qué facilidad se teñía un vestido o destañía una blusa!—. El desteñido requería a su vez una colada aparte. Más tarde, con la lavadora de paletas accionada por un motor, la colada se enganchaba y desgarraba de vez en cuando y había que renovar continuamente las gomas de los calzoncillos. La ropa muy sucia se restringía hasta limpiarla en la tabla de lavar. Una vez que las prendas lavadas quedaban libres de detergente, después de muchos aclarados, había que escurirlas. Las calandrias ahorraban parte del esfuerzo —pero lo que no pasaba entre los rodillos debía ser retorcido con fuerza por dos personas—. En el último aclarado se añadía «Sil» en sustitución de la antigua práctica de tender la colada sobre la hierba. Las prendas limpias sobre la cuerda de tender exponían a la vista de los demás la labor del ama de casa. Las grandes sábanas colgaban en la parte exterior, los calzones, las fajas y las camisolas, en la cuerda interior. El número de prendas lavadas demostraba así mismo la diligencia del ama de casa. Mi abuela Toni lavaba cada semana todos los visillos para evitar que acabaran pareciéndose, despacio pero seguro, al enfoscado de color gris sucio de su piso de alquiler de Essen. En aquellos tiempos, las chimeneas de las plantas siderúrgicas envolvían toda la cuenca del Ruhr en una nube amarillenta de óxido. El volumen de la colada dependía también del oficio del marido. Aunque todos los mineros se duchaban en el terreno de la empresa, llevaban a casa la ropa sucia. Así ocurría en cualquier trabajo, incluido el del campo. En general, la ropa interior no se lavaba demasiado a menu-

do, pues sólo se cambiaba una vez por semana. El trabajo se agravaba cuando en el hogar había un bebé que ensuciaba constantemente los pañales. En ese caso se veían, de vez en cuando, en la cuerda de tender pañales que no se habían lavado sino que sólo se colgaban para secarlos.

Tras la Segunda Guerra Mundial dejó de haber ya chicas de servicio en sentido tradicional incluso en los hogares de clase alta de Alemania del Este y del Oeste. ¿Dónde se las podía alojar en aquellas estrechas viviendas de posguerra? Por lo demás, no encajaban ya en la imagen socialista de la sociedad. El oficio de lavandera se consideró también oficialmente «extinguido» en el año 1950. Por tanto, al ama de casa de clase media alta sólo le quedaba ahora la opción de hacer ella misma la colada o llevar la ropa sucia a una lavandería. Se trataba, por supuesto, de una cuestión de ingresos, pero el número creciente de lavanderías en la posguerra atestigua el aumento de la demanda. A partir de 1951, la empresa Constructa fabricó una lavadora automática moderna que, al principio, sólo estaba al alcance del ama de casa de clase alta y de la mujer de clase media alta. La competencia de otros fabricantes hizo que la máquina se abaratara y mejorara, además, técnicamente. En 1962, casi la mitad de los hogares de Alemania occidental con ingresos medios disponía ya de lavadora. Las lavadoras eléctricas supusieron el abandono de la colada de los lunes y permitieron que hasta las mujeres trabajadoras hicieran su propio lavado de la ropa. Aunque los niveles de higiene no tardaron en aumentar —el fabricante de lavadoras recomendaba, como es comprensible, cambiarse de ropa a diario—, la colada se pudo realizar sin ningún esfuerzo. De ese modo se ahorró una jornada de trabajo a la semana o cada dos semanas.

La tecnificación de los hogares alcanzó también un alto nivel en la RDA. La idea socialista de las tareas del hogar, tal como había sido formulada por August Bebel y Lenin, pretendía transferir el mayor número posible de funciones domésticas a instalaciones comunitarias: grandes cocinas aliviarían de esa tarea a los matrimonios trabajadores, instituciones pedagógicas públicas debían facilitar a los padres el cuidado diario que suponía la vigilancia de sus retoños, y centros de lavado —hoy los llamaríamos lavanderías industriales— liberarían a las mujeres del pesado trabajo de la colada. Aunque las tintorerías o las lavanderías fueron en aumento tanto Alemania del Oeste como del Este, no pudieron, a la larga, eliminar el deseo de las familias de disponer de sus propias lavadoras. Incluso en la RDA, la mitad de los hogares poseía ya una lavadora eléctrica a comienzos de la década de 1970.

El trabajo de cocinar, con todas sus tareas concomitantes, se había convertido también a principios de siglo en un asunto que requie-

ría mucho tiempo, ante todo y sobre todo porque la preparación completa de los alimentos debía llevarse a cabo en casa. Los guisantes y las alubias sólo existían, en principio, como productos frescos en vaina que se pelaban y cocinaban en casa; las gallinas las mataba uno mismo (la ponedora ya vieja, para hacer sopa de gallina; los pollos, como asado para días de fiesta), o se compraban con todas las plumas, se desplumaban, se limpiaban de vísceras, se despiezaban y se freían. El arroz sólo se conocía con cascarilla; para hacerlo comestible debía pasar dos horas al fuego. Además, había que preparar frutas y hortalizas para el invierno: hacer mermeladas, macerar ciruelas y peras para postres y dulces, cocer manzanas para compota, cortar berza para preparar la *choucroute*, adobar pepinos y muchas otras cosas más, pues los comestibles sólo se podían conseguir en su temporada. Incluso con los últimos logros de la industria alimentaria —los cubitos de sopa y los condimentos de Maggi—, la preparación de una sopa de verduras requería sus buenas dos horas o más, incluso a un ama de casa muy experimentada.

El reducido plazo de conservación de los alimentos en los tiempos en que no existía el frigorífico constituía un gran problema. En las ciudades, el vendedor de hielo pasaba una vez por semana con barras nuevas para la nevera, que en casa de mi abuela se hallaba en un pequeño balcón. Pero aquel artefacto no existía en el campo, por lo que los alimentos delicados sólo se podían conservar de forma limitada aunque se guardaran en vasijas de piedra en el fresco de la bodega. La leche sobrante se podía cuajar en bandejas colocadas en la ventana, pero la nata y la mantequilla, las salchichas y el queso y, en parte, la fruta y las verduras, se echaban a perder enseguida. Las amas de casa hacían frente al problema comprando alimentos frescos a menudo y haciendo constantes viajes a la bodega, donde se almacenaban también las coles y las patatas. La compra casi diaria era mucho más pesada que hoy en día y no podía hacerse en un hipermercado con el segundo coche familiar —y según el tamaño de la cartera—. Los primeros supermercados no comenzaron a aparecer hasta la década de 1960, las tiendas al por menor solían estar muy distantes y en las zonas rurales escaseaban los medios de transporte.

La introducción de la tecnología en los hogares facilitó también algo la preparación de las comidas, tal como había ocurrido con las grandes coladas. La cocina tuvo una especial importancia. En los primeros años de entreguerras, la mayoría de las mujeres seguía preparando la comida en cocinas calentadas con carbón o leña, lo que, además de exigir una especial habilidad para controlar las variaciones de la temperatura, suponía también numerosas incomodidades. Las mujeres se levantaban mucho antes que el resto de la familia para «encender» la cocina a fin de que hubiera agua caliente preparada

para la malta o el cacao y, en invierno, para lavarse antes del desayuno. Había que acarrear constantemente leña y carbón, una tarea penosa y sucia. La cocina de gas se introdujo en muchos hogares en la década de 1930 y trajo consigo un alivio fundamental en las tareas domésticas. La Segunda Guerra Mundial frenó la difusión de la cocina eléctrica en unos 20 años, pero se incorporó a las nuevas construcciones de la década de 1950 a una con la cocina de gas. Lo mismo puede decirse de los calentadores de agua eléctricos, que facilitaron notablemente el fregado de la vajilla y el lavado de la ropa. El frigorífico con motor eléctrico ahorró también tiempo, pues permitió prescindir de la necesidad de hacer la compra a diario. La congelación de alimentos no se difundió hasta la década de 1970, pero a partir de entonces reemplazó cómodamente muchos penosos procesos de trabajo (y conocimientos) preparatorios para la conservación de comestibles y permitió además un almacenamiento más prolongado del pescado fresco.

Otras innovaciones técnicas para el hogar conseguidas en los años de euforia tecnológica de la década de 1960 fueron recibidas por las amas de casa con sentimientos ambivalentes. Tal fue, por ejemplo, el caso de los aparatos de usos múltiples que podían emplearse para talar y aspirar el polvo, encerrar y secar el pelo, prensar frutas y batirlas. Pronto se vio que su montaje era demasiado complicado y lento y el almacenamiento de las piezas sueltas muy costoso, por lo que, en el mejor de los casos, prestaron sus servicios con una única función fija. Otros aparatos resultaron también un fracaso, por ejemplo el pelapatatas eléctrico, que, en el mejor de los casos, sólo pudo fascinar a un mundo masculino entusiasta del bricolaje, pero que no se impuso entre las mujeres debido a lo complicado de su limpieza y el excesivo tiempo que requería su utilización. En realidad, aquella gran variedad de aparatos podía convertirse también en una plaga: tostadoras y cuchillos eléctricos, máquinas eléctricas para cortar el pan, exprimidoras de zumos, varillas para remover purés y masas, batidoras, cafeteras y molinillos requerían espacio en unas cocinas que habían ido reduciendo sus dimensiones; además, solían ser difíciles de limpiar.

Las posibilidades de tecnificación demostraron ser también sumamente limitadas en otro trabajo doméstico diario: la limpieza del hogar. Con la introducción de los suelos de moqueta después de la Segunda Guerra Mundial hizo también su entrada el aspirador en casi todos los hogares alemanes, pero la mayor parte de las tareas de limpieza en la casa siguieron realizándose al estilo antiguo. Oigamos lo que decía recientemente un ama de casa: «Me gusta hornear y cocinar, pero la limpieza me desespera. Y, además, tampoco hay una tecnología apropiada. Es cierto que existe el aspirador, pero hay que

manejarlo. ¡O limpiar las ventanas! Dios mío, tendría que haber algo, la industria debería inventar alguna cosa: un "Master Propper" de verdad que se pudiera colocar en la habitación y dejarlo luego dando vueltas». Desde la década de 1960 se ha extendido mucho entre la clase media alta la contratación de una señora de la limpieza durante algunas horas por semana, o de una «asistentita», como se dice en un lenguaje sin connotaciones valorativas.

Una tercera tarea importante y prolija del ama de casa era la de coser y remendar, zurcir y hacer punto. «Llevar ropas remendadas o zurcidas no tenía nada de malo, pero los remiendos y los zurcidos debían estar bien hechos, y no recogidos», recuerda un ama de casa. La mayoría de las veces se trataba de una labor femenina de fin de jornada: echar remiendos a los pantalones agujereados de los niños, zurcir medias, introducir gomas nuevas y coser botones; los jerseys de verano se arreglaban con hilo de algodón, y los de invierno con lana gruesa. Eran tareas que todas las mujeres debían realizar con mayor o menor intensidad. En función de su habilidad, disponían de una máquina de coser y preparaban prendas para los niños e incluso vestidos para ellas mismas. Estas actividades eran perfectamente habituales, sobre todo antes de la Segunda Guerra Mundial, pues las ropas de los niños no se compraban prácticamente nunca «de confección». Muchas prendas se arreglaban para que los niños pudieran llevar las de los adultos y las de sus hermanos mayores, e incluso las chicas las ropas de los chicos. El siglo xx se caracterizó, hasta muy entrados los años sesenta, por una necesidad extrema de economizar. La habilidad y el conocimiento de los materiales hacían de una mujer una buena ama de casa.

En tiempos de necesidad se demostraba la importancia de las dotes del ama de casa. En la Primera Guerra Mundial y en los años siguientes a la Segunda, las familias alemanas pasaron hambre; entre 1945 y 1949, cuando muchos maridos no habían vuelto aún de los campos de prisioneros de guerra, la habilidad y la capacidad de las amas de casa y las madres se encargaron de sacar adelante al resto, mayor o menor, de sus familias. La situación mejor o peor de las mujeres durante aquellos años dependió de muchos factores, pero fue sobre todo una cuestión generacional. La carga más pesada hubieron de soportarla las mujeres jóvenes casadas antes o poco después del comienzo de la guerra y que entre 1944 y 1950-1953 tuvieron que cuidar de niños pequeños (y en la mayoría de los casos, también de parientes mayores de edad). La lucha diaria por la supervivencia duró hasta que, tras la reforma monetaria, se dieron por lo menos ciertas condiciones de regularidad económica. A partir de ese momento comenzó la penosa reconstrucción: las familias se fueron mudando progresivamente de las viviendas provisionales a los pequeños pisos de

nueva construcción, edificados a un ritmo impresionante. Cada uno de esos pisos, por más pequeño que fuera, significaba un paraíso para quienes habían tenido que luchar a diario por la utilización del baño y la cocina en aquel período de guerra y posguerra, hacinados junto a otras familias, o habían sobrevivido en campamentos, barracones y ruinas con una calefacción insuficiente. Recordemos, sobre todo, los agobios de aquellas madres que se esforzaron infatigables durante esos años descuidando a menudo su propia salud por el bienestar de la familia.

Para muchas madres de aquella generación, la posguerra se dividió en Alemania en dos fases: la primera de 1943-1944 a 1948-1949, cuando la aportación de las amas de casa al sustento de sus familias fue muy a menudo más importante que la de los hombres, encargados de llevar el dinero al hogar. Le siguió la fase de la reconstrucción, que concluyó de manera individual para cada una de las esposas y madres cuando sus maridos alcanzaron una posición profesional satisfactoria y la familia se mudó a una vivienda propia acorde con sus necesidades. En aquella segunda fase, muchas mujeres apoyaron la formación de sus maridos, descuidada durante la guerra —una docencia o una carrera—, renunciando a realizar sus propios deseos o trabajando también ellas para ganar un sueldo. Las mujeres cuyos maridos habían caído en la guerra tuvieron que aceptar, por supuesto, un empleo. A comienzos de la década de 1950 fueron muchas las que se mostraron completamente extenuadas. «¿El diagnóstico?... El más honesto sería: consumidas y agotadas como consecuencia de unas exigencias excesivas e ininterrumpidas en la vida diaria», según la formulación de una médica en 1955. La impresión subjetiva de aquella situación de agotamiento se objetivaba en las estadísticas de los seguros. El seguro de invalidez laboral documentaba en julio de 1938 que quienes hacían uso de él antes de cumplir los 65 años y abandonaban prematuramente la actividad remunerada por motivos de salud llegaba esencialmente al 30 por ciento de los hombres y al 34 por ciento de las mujeres aseguradas (es decir, las que ejercían un trabajo asalariado). Las cifras correspondientes a 1953 en Alemania occidental fueron de un 25 por ciento de los hombres y un 43 por ciento de las mujeres aseguradas, que en 1957 llegaron incluso a un ¡57 por ciento! Cuanto más se agravaba la situación económica de la gente, peores eran las repercusiones sanitarias. En 1950, los grupos de mujeres de las dos grandes iglesias, el Servicio de Asistencia Obrera, la Cruz Roja y la Unión Alemana Asistencial Paritaria crearon, para las que fueran madres, los Hogares de Restablecimiento Maternal. Entre 1950 y 1956 se prestaron cuidados a un total de 300.000 madres en un número de hogares cada vez mayor; el diagnóstico médico más habitual para su hospitalización decía de manera lapidaria: agotamiento físico y nervioso.

Se trataba, sin duda, de una minoría. La mayoría de las amas de casa de esa generación se recuperó de su agotamiento al normalizarse la vida cotidiana en la década de 1950. La mayor parte de las familias alemanas comenzó los años de la reconstrucción con recursos muy escasos. Se trataba de familias desalojadas de las ciudades por los bombardeos, personas muy jóvenes recién casadas que, por lo general, no recibieron ni siquiera el más modesto ajuar doméstico como aportación al matrimonio y numerosas familias de refugiados que transportaban todas sus pertenencias en carros de mano. Las esposas, las amas de casa que acababan de dejar tras de sí los tiempos de la indigencia, acometieron en ese momento la reconstrucción dondequiera que la economía se lo permitía y comenzaron a participar en la vida laboral remunerada.

#### EL TRABAJO REMUNERADO

Las mujeres que habían participado en la vida productiva en el período de entreguerras eran apenas la mitad de las mujeres en edad laboral, entre 15 y 65 años, y la situación cambió poco en la posguerra. Sin embargo, la estructura de la población activa, al igual que la composición social de los grupos, se modificó considerablemente. Un 30 por ciento de las mujeres casadas, es decir, las «amas de casa», practicaba alguna actividad lucrativa en la época de entreguerras; alrededor de un 20 por ciento como auxiliares en alguna empresa familiar, es decir, en su mayoría como campesinas, pero también como mujeres de artesanos o esposas de algún otro tipo de trabajador independiente. El 10 por ciento de las mujeres casadas trabajaba en 1939 fuera del hogar, la mayoría de ellas como obreras y una parte menor como empleadas. En 1970, la proporción de las mujeres casadas que ayudaban en algún negocio familiar no llegaba al 8 por ciento —debidamente, sobre todo, al proceso de reducción de mano de obra en la agricultura—; en cambio, más del 27 por ciento trabajaba fuera de su casa. Así pues, la importancia social del trabajo de ayuda en empresas familiares se redujo considerablemente en la posguerra a pesar de que, durante siglos, había sido la única actividad lucrativa realmente aceptada en las mujeres casadas. Sin embargo, este trabajo auxiliar era a menudo muy ingrato, a pesar de estar considerado como una actividad casi ideal. En efecto, como esas esposas trabajaban casi siempre en el hogar, podían ocuparse al mismo tiempo de los niños y las tareas domésticas. En 1950 trabajaban de ese modo en torno a 1,6 millones de las mujeres casadas de la República Federal, la mayoría de ellas como campesinas, y sólo unas 320.000 como esposas de maridos autónomos. Aunque contribuían formalmente al incremento de

los ingresos familiares en condiciones relativamente favorables, parecían una doble carga y su trabajo solía gozar de escaso reconocimiento.

Este trabajo de esposa y auxiliar se consideró tan obvio durante muchos siglos que hasta el legislador obligaba a las mujeres a colaborar en la empresa de la familia «en la medida en que sea habitual en las circunstancias en que viven los esposos» (§ 1356 BGB, vigente en la República Federal hasta 1957). En cambio, la actividad lucrativa de las mujeres casadas o de las madres fuera del hogar constituía una relativa novedad. En la época de la industrialización había sido una necesidad de supervivencia para las clases bajas que las jóvenes obreras permanecieran en la empresa después de casarse y tras el nacimiento del primer hijo. Sin embargo, fuera de este motivo forzoso, el trabajo remunerado siguió siendo tabú para las mujeres casadas. En el curso del siglo xx, con el aumento de los oficios administrativos, se crearon cada vez más puestos de trabajo atractivos para las mujeres, que los abandonaban a disgusto después del matrimonio. En los años de la república de Weimar fueron cada vez más las mujeres que aguardaban hasta tener su primer hijo y sólo entonces abandonaban su puesto de trabajo. Eso hizo que, sobre todo en los años de crisis económica y aumento del paro —en torno a 1922-1924, 1929-1932 y, de nuevo, en 1948-1950—, se les reprochara constantemente ejercer dos empleos. Si además tenían niños pequeños que cuidar, a ese reproche se añadía el de ser unas «madres desnaturalizadas». La ideología de los nacionalsocialistas reforzó aún más esos prejuicios a partir de 1933; la proporción de mujeres casadas que continuaron ejerciendo una actividad remunerada fuera del hogar después de haber dado a luz se mantuvo en un nivel bajo.

En la RDA, según hemos mencionado al principio, la situación de las mujeres casadas y las madres era completamente distinta. Las mayores diferencias con la República Federal se pueden constatar, no obstante, en el sector agrario. El proceso de colectivización convirtió en campesinas cooperativistas, agricultoras o administrativas con todos los derechos asistenciales a cientos de miles de mujeres que habían trabajado anteriormente como miembros auxiliares de la familia, sin rentas propias ni derecho a la Seguridad Social. La propaganda masiva del Estado, la oferta —relativamente muy buena— de puestos de trabajo en la RDA y la densidad de instituciones asistenciales —excelente, con sus jardines de infancia, guarderías y parvularios—, en comparación con la República Federal—, además de un generoso derecho de protección a la maternidad en el puesto de trabajo, generaron una alta participación de las mujeres casadas y las madres en la vida laboral. Sin embargo, no deberíamos pasar aquí por alto que, en la RDA, las mujeres que se oponían a la política del régimen

podían quedar excluidas de todos esos privilegios. A menudo perdían la posibilidad de obtener la plaza de estudios a la que aspiraban y aprender o practicar el oficio deseado. En la RDA creció, no obstante, una generación de mujeres que consiguió aunar en el plan de vida femenino el ejercicio de una profesión y el deseo de tener hijos. Tras la reunificación, una periodista del Este explicaba lo siguiente:

Recuerdo muy bien los primeros momentos. Por entonces trabajaba en el *Wochenpost*, en una redacción mixta de personas del este y el oeste. Todas las mujeres del este tenían hijos. En cambio, ninguna de las del oeste era madre. *Ninguna*. Era como una ley. En las conversaciones se cernía una gran sospecha: ¿eran todas las mujeres del este madres desnaturalizadas? ¿Eran todas las del oeste mujeres dedicadas sólo a hacer carrera? Hubo de pasar mucho tiempo hasta que pudimos explicar nuestra situación relatando nuestras historias.

En los motivos para practicar un trabajo remunerado se ponía de manifiesto la existencia de grandes diferencias entre las mujeres. Las madres que aceptaban un trabajo de ocho horas en una cadena de montaje dentro del ruidoso pabellón de una fábrica lo solían hacer, en general, por necesidad: tenían que trabajar, sobre todo en la década de 1950, bien porque los ingresos o la renta del marido no alcanzaban para vivir o bien porque el marido había muerto en la guerra y había niños que cuidar. Pero también había maestras que trabajaban sobre todo por el «gusto de ejercer la profesión». Entre estos dos «extremos» existía una amplia gama de oficios para obreras o empleadas. Ya a finales de la década de 1950 se vio claramente que las madres que aportaban un sueldo complementario —miembros, precisamente, de la generación más joven—, mantenían su puesto de trabajo al margen de la clase social a la que pertenecieran, incluso cuando ya había quedado muy atrás la penuria de la posguerra. A veces lo hacían porque el sueldo añadido era algo agradable: les daba la posibilidad de ir de vacaciones a Italia, cosa que no habrían podido permitirse con sólo el salario del marido, o les permitía comprar un coche —primero un gogomóvil y, luego, un Volkswagen es-carabajo—. Además, los ingresos de la madre garantizaban a ésta cierta autonomía y reconocimiento que no le proporcionaba el trabajo exclusivo en el hogar, aunque así se plasmará más tarde en los textos legales.

No obstante, no debemos olvidar nunca que la mayor parte de las madres que aportaban un segundo sueldo ocupaban puestos de trabajo insatisfactorios en sí mismos. Aunque no era el caso de todas, ni mucho menos, un grupo creciente de amas de casa había aprendido algún oficio en su juventud: modistas o peluqueras, vendedoras o secretarías, que, en general, solían abandonar, a más tardar, cuando

daban a luz a su primer hijo. Y en la mayoría de los casos resultaba imposible volver a practicarlo.

Tomemos como ejemplo a una mujer joven que hubiera aprendido la profesión de empleada de comercio textil y hubiera tenido un empleo fijo en una tienda de modas en las décadas de 1950 o 1960. Una vez casada se mudaría con su marido a una vivienda común (algo imposible antes de la boda debido al artículo legal vigente contra el proxenetismo) y permanecería en el hogar durante un tiempo tras dar a luz a uno o dos hijos.

Si —por los motivos que fuesen— esa mujer quería volver luego a la práctica de su profesión, debía comenzar por asegurarse de que los niños iban a estar atendidos. En la mayoría de los casos, y precisamente en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial, las madres de esas mujeres podían encargarse de cuidarlos. Era mucho más raro que los niños estuvieran al cuidado de otros parientes fuera de su casa, y todavía más que pudieran acudir a guarderías o parvularios de jornada completa. Una vez resuelto este importantísimo problema, la mujer podía iniciar la búsqueda de un nuevo puesto de trabajo. A menudo no vivía ya en su antiguo lugar de nacimiento o en su anterior barrio. Como los transportes públicos se fueron desarrollando en toda su amplitud muy poco a poco, se veía obligada a buscar ese puesto de trabajo cerca de su nuevo lugar de residencia. A ello se añadían los horarios laborales: como empleada de comercio, es decir, en el oficio que había aprendido, habría tenido que trabajar hasta el final de la tarde, hasta las seis y media. Pero, aunque pudiera hacer las compras necesarias en el descanso del mediodía, seguiría teniendo el problema de que su marido, por lo general, llegaría a casa antes que ella y no tendría la comida en la mesa. Ningún propietario de una tienda se podía permitir ofrecer trabajos a tiempo parcial en la década de 1950. ¿Qué le quedaba? Nuestra mujer aceptaría en alguna fábrica una actividad no cualificada que le permitiese salir temprano con su marido, hacer las compras por la tarde, después del trabajo, y volver a casa no más tarde que él. Luego comenzaría su trabajo diario en el hogar: hacer la comida, fregar, realizar tareas de limpieza menores, llevar a los niños a la cama y, ya de noche zurcir calcetines (delante de la radio). Un buen marido, se decía en la década de 1950, es el hombre que mantiene la puerta abierta para que pase su mujer cuando sube las escaleras bien cargada con dos bolsas de compra.

Las labores del hogar, así como el cuidado de los niños por la tarde, una vez acabado el trabajo, cargaban también en la RDA principalmente sobre las espaldas de las mujeres. Como los índices de divorcio, y, por tanto, la proporción de madres solas, eran muy elevados, se generaba, igual que en la República Federal, una doble carga, lo cual limitaba también las posibilidades de hacer carrera para las

mujeres de la RDA. En una entrevista realizada en 1984, la escritora Irmaud Morgner expresó este dilema con las siguientes palabras: «Cuando se tienen los mismos derechos y el doble de deberes, no hay posibilidad de disfrutar de todos los derechos; sencillamente, resulta imposible en la práctica».

Una mujer casada en la República Federal debía meditar muy bien el paso a la actividad remunerada. La colaboración del marido en el hogar es un fenómeno —retórico, al menos— de finales de la década de 1980 y de la de 1990. No suponía diferencia alguna que la esposa hubiera de trabajar por necesidad financiera, por el «gusto por ejercer la profesión» o por el deseo de conseguir cierta independencia económica: la doble carga del trabajo doméstico y el remunerado pesaba siempre sobre ella. Además, el marido tenía que estar de acuerdo con el ejercicio de la actividad remunerada.

#### LA FAMILIA

Al casarse, una gran parte de las mujeres sigue asumiendo hasta hoy una nueva identidad. Adoptan el apellido de su marido: todavía se pueden oír en algunos despachos anticuados expresiones como «la Sra. Eberhard Meyer», para referirse a la esposa del Sr. Eberhard Meyer. El ama de casa está determinada por el hombre incluso en sus funciones sociales. Si es hija de un obrero especializado, crecerá en un ambiente de clase media baja; si se casa con un profesor de instituto, ascenderá a la clase media alta (este tipo de ascenso social es, por cierto, muy raro. En la mayoría de los casos, las parejas se casan sin salir de unos límites de clase rigurosos). «Vivimos una vida por delegación», explicaba una mujer a comienzos de la década de 1970; «sólo somos la mujer del marido». El ama de casa depende también de los contactos sociales de su esposo, pues, aparte de las relaciones de vecindad con las mujeres (también amas de casa) del entorno más próximo, el marido y su medio profesional influyen fundamentalmente en los contactos sociales. La elección de los invitados se centra fuertemente en el círculo de colegas del esposo, sobre todo en las clases media alta y alta, donde existen múltiples obligaciones sociales. Las esposas del anfitrión y de los invitados participan tradicionalmente del entorno profesional de sus maridos, atienden y entretienen a quienes éstos han invitado y hacen suyos los amigos y contactos sociales de sus cónyuges.

Cuando los matrimonios fracasan, se muestra la otra cara de la moneda de esta dependencia. Según la posición del hombre y en función del derecho de divorcio, el ama de casa se encontrará en una situación económica más o menos mala pero, además, perderá de gol-

pe su posición social; ya no es la Sra. Eberhard Meyer, ha dejado de ser esposa de un médico y ya no agasaja y entretiene a los compañeros médicos de su marido, que habían sido también sus amigos hasta entonces, sino que pierde algo más que su pareja: se hunde en un foso social desde el que deberá construirse una nueva posición. La nueva reincorporación al trabajo suele ir acompañada la mayoría de las veces por una amarga pérdida de prestigio cuando entre el abandonado de la profesión, ocurrida tiempo atrás, y el nuevo comienzo se extienden largos años de matrimonio.

Las amas de casa han tenido y tienen una conciencia absolutamente clara de esa dependencia, al menos cuando su matrimonio amenaza ruina. Y ese descenso social a menudo inevitable, la pérdida inminente del entorno habitual, ha impedido a menudo pensar en la posibilidad de un divorcio a quienes han sido durante mucho tiempo con exclusividad amas de casa. Todavía sigue siendo válida la frase de que lo que separa a las mujeres de la pobreza es sólo un marido. El rápido aumento de los índices de divorcio en las últimas décadas guarda, sin duda, relación con la independencia económica y social de las mujeres casadas. Las elevadas tasas de divorcio en la RDA reflejaban también la independencia profesional de las esposas y madres.

En Alemania, la posición de poder del marido en la familia estuvo cimentada además jurídicamente hasta bien entrado el siglo xx. Algunas de esas anticuadas costumbres que suponían una grave desventaja para las amas de casa en su posición familiar sólo se suprimieron en el marco de la ley federal de igualdad de derechos aprobada en 1958. Hasta entonces, en todos los asuntos matrimoniales estaba vigente, más o menos, el derecho de decisión del esposo, que autorizaba a un hombre a rescindir las relaciones laborales de su esposa.

De la misma manera que el marido determinaba casi con exclusividad la posición social del ama de casa, los niños definen la calidad de su vida cotidiana. En el curso del siglo xx, las cargas que pesaban sobre una mujer madre por el cuidado del bebé, la atención al niño y la vigilancia del escolar fueron progresivamente en aumento. No obstante, en el curso de ese mismo siglo, tuvo cada vez menos niños que cuidar. Esta discrepancia se explica por la misma transformación estructural que provocó también el cambio en la actividad productiva de la mujer y en sus tareas domésticas. En la casa de la «gran familia» campesina del siglo xix, los abuelos se encargaban del cuidado de los niños para dejar libre la capacidad de trabajo del ama de casa, madre y campesina para sus actividades en el huerto y la cocina y con los pequeños animales domésticos. Los «señores» de la clase media y de la alta burguesía dejaban a sus hijos en manos de las niñeras. Sólo las mujeres de los obreros tenían que preocuparse de encontrar una

atención barata para los suyos cuando marchaban al trabajo, por lo que cada vez dieron a luz menos niños. En la medida en que la industria redujo las explotaciones agrarias y desarrolló una sociedad de servicios caracterizada principalmente por la figura del empleado, el cuidado de los hijos quedó completamente en manos de las madres: las mujeres que criaban una pareja de hijos en su pequeña vivienda construida en los márgenes de la gran ciudad eran las esposas de los empleados. No tenían que trabajar, como dijimos al principio, y se ocupaban del hogar y los niños. «Los hijos son el oficio del ama de casa», escribía Helge Pross en 1976 en su estudio sociológico sobre el ama de casa de Alemania occidental. «Haga lo que haga: cocinar, limpiar, lavar, lo hace ante todo y sobre todo por los niños. A ellos se debe que se haya convertido en ama de casa y que lo siga siendo.»

Así pues, el tiempo dedicado en la familia a la crianza de un número cada vez menor de hijos es considerable. Los bebés requieren a sus madres las veinticuatro horas del día, pero también los niños pequeños deben ser vigilados constantemente. Esa actitud que, en vez de subordinar el cuidado de los hijos a las necesidades de los padres, como siempre había ocurrido anteriormente, tiene en cuenta por primera vez de manera significativa los deseos y necesidades de aquellos, no apareció hasta el último cuarto del siglo. Esa calidad creciente de la educación infantil significa para el ama de casa un aumento considerable de cargas, incluso intelectuales. Cuanto más se preocupan los padres por la promoción de sus hijos, tanto más se desarrolla la correspondiente oferta para el tiempo libre. En la actualidad, las madres suelen ser a menudo chóferes de sus hijos. En la década de 1960, el ama de casa llevaba a su niño de cinco años a practicar algún deporte infantil una vez por semana y los demás días lo dejaba en la calle o el jardín jugando con sus compañeros, mientras que hoy lo lleva varias veces por semana al fútbol, a natación o a jugar en casa de sus amigos, sencillamente porque hace ya tiempo que no puede mandarlo a la calle, pues el tráfico es excesivo, incluso en las zonas rurales. Cuando los hijos crecen, se fomenta en ellos actividades más concretas: aprenden un instrumento, van a clases de ballet o equitación, o entrenan varias veces a la semana en clubes deportivos. Casi todos los niños aprenden a esquiar, patinar, jugar al tenis y nadar fuera del colegio, a costa del tiempo disponible de su madre, teniendo en cuenta, por supuesto, las diferencias concretas entre las distintas clases sociales.

Tras la reunificación y la progresiva desintegración de las instituciones de asistencia infantil, las madres de la RDA aprendieron dolorosamente lo que cuesta educar a los hijos hoy en día. Durante los cuarenta años de existencia de la RDA «se habían desentendido de la educación de sus hijos», según decía en cierta ocasión una escritora.

«Después del cambio, podía reconocer en el barrio berlinés de Kreuzberg a las mujeres del Este por la manera como trataban a sus hijos.» En su actitud se reflejaba y expresaba la presión a la que ellas mismas estaban sometidas.

Las exigencias crecientes de la educación de los hijos, que se pagarán en el curso del siglo xx de las clases altas a las medias y bajas, estuvieron acompañadas por un aumento de la oferta de cuidados infantiles profesionales a partir del tercer año de vida. Según las encuestas, las madres aceptaron agradecidas no sólo la ganancia de tiempo obtenida por la utilización de las guarderías, sino también las ayudas educativas que les proporcionaron las cuidadoras, cada vez mejor formadas. Esta tendencia se pudo observar en toda Europa, aunque con diferentes manifestaciones.

Francia es el país donde se inventaron los jardines de infancia, difundidos ya allí en el siglo xix —para permitir a las madres ejercer una actividad remunerada—. Todavía hoy, uno de cada cinco niños franceses de menos de tres años asiste a uno de esos establecimientos (públicos) de atención infantil. En Alemania occidental y Gran Bretaña predomina, en cambio, la actitud tradicional de que las madres se ocupen de sus hijos pequeños las veinticuatro horas del día. En estos países, los jardines de infancia públicos atienden tan sólo a un 2 y un 3 por ciento de los niños, respectivamente. Sin embargo, el número de centros privados va en aumento, y muchas mujeres de clase media y alta de esas tres naciones pueden permitirse contratar madres diurnas para poder ejercer una actividad profesional a pesar de tener niños pequeños. Las guarderías, en cambio, se han impuesto por igual en Alemania y Francia, donde asiste a ellas del 80 al 85 por ciento de los niños de entre tres y cinco o seis años. En Inglaterra, en cambio, lo hacen todavía hoy menos de la mitad de los niños de edad preescolar (un 40 por ciento). A una inglesa le resulta, pues, comparativamente difícil tener una ocupación fuera de casa —al menos mientras su hijo no haya alcanzado la edad escolar—. Por otra parte, la frecuencia de la disponibilidad de plazas de guardería es diferente según las regiones, incluso en la República Federal. En Francia abundan mucho más, y numerosas empresas ofrecen también tradicionalmente a las madres trabajadoras plazas de cuidado infantil. Las madres alemanas se quejan de los reducidos horarios de las guarderías. En las zonas rurales, en particular, es habitual disponer de plazas de sólo media jornada, a pesar de lo difícil que resulta para una madre encontrar un puesto donde poder trabajar sólo de las 8.00 a las 12.00 (incluido el tiempo de desplazamiento).

Se ha hablado reiteradamente de la extraordinaria abundancia de plazas de atención infantil en la antigua RDA. Debemos puntualizar, sin embargo, que la educación pública no respondía, ni con mucho, a

todas las ideas de los padres. La planificación oficial no se detenía ni siquiera ante la educación de la infancia. Los niños tenían que aprender a utilizar los aparatos sanitarios a una determinada edad, y a comer con la cuchara a otra —y las educadoras cedían a menudo a las presiones impuestas desde arriba y presionaban a su vez a los pequeños.

Cuando los niños cumplen la edad de escolarización obligatoria, la situación de las madres de Alemania occidental no cambia fundamentalmente. La escuela suele atender a los niños de seis y siete años sólo durante unas horas. La irregularidad de la jornada escolar, que concluye a veces a las 11.00, y a veces dura hasta las 13.00, hace casi imposible que la madre ejerza una actividad profesional. Los centros de atención para niños en edad escolar son extraordinariamente raros, de modo que, en la actualidad, sólo un 4 por ciento de los niños alemanes de primaria puede asistir a alguno de ellos.

El ama de casa inglesa puede respirar, en cambio, más tranquila cuando sus hijos llegan a esa edad. En la escuela primaria, las clases duran aproximadamente de las 9.00 a las 15.30, y los niños están al cuidado de adultos en la pausa del mediodía. Ello permite la existencia de jornadas laborales a tiempo parcial, que, además, son aceptadas gustosamente. Por otra parte, en las tardes y mañanas de los sábados, los colegios ofrecen muchas más actividades de tiempo libre que representan una liberación adicional para las amas de casa —a diferencia de lo que ocurre en Alemania.

El sistema escolar francés es el más favorable para las madres trabajadoras, aunque, con sus jornadas escolares excesivamente largas, ha sido objeto de duras críticas desde otros países y desde el punto de vista pedagógico. Los escolares franceses permanecen fuera de casa de las 6.30 a las 16.30 ya desde los años de primaria, están atendidos al mediodía y, tradicionalmente, sólo tienen libres las tardes de miércoles y sábados. Existen incluso posibilidades de atención para las tardes libres de los miércoles. Las amas de casa francesas se han habituado desde hace ya tiempo a esta liberación que les proporcionan los jardines de infancia, las guarderías y la escuela. No hay en Europa casi ningún otro país (a excepción del «Estado modélico» que es Dinamarca y, anteriormente, la RDA socialista) donde las mujeres trabajen tanto y realicen una aportación tan considerable al presupuesto familiar. Además, en Francia, las instituciones económicas y sociales apoyan a las madres que ejercen una actividad remunerada. El tiempo de la comida, por ejemplo, es bastante largo en muchas empresas y comercios franceses, por lo que, en la década de 1980, la mitad, aproximadamente, de las madres trabajadoras iba a casa al mediodía para preparar la comida a sus hijos y su marido. También se podían hacer las compras hasta entrada la noche,

sobre todo en las grandes ciudades. Así mismo, la sociedad francesa se ha acostumbrado a lo largo de más de un siglo a la existencia de un gran número de madres con trabajos remunerados. Hay, sin embargo, un aspecto en el que la francesa que disfruta de esos privilegios y la mujer de la antigua RDA no se diferencian de las demás amas de casa asalariadas de Europa: la doble carga de las tareas domésticas y la actividad laboral, soportada por las mujeres, se han mantenido sin cambios —como en todas partes— y los hombres no lo cuestionan de manera especial.

En cualquier caso, hay una cosa cierta: aunque el número de madres asalariadas es cada vez mayor en toda Europa, siguen representando una minoría —con la excepción de Francia, Dinamarca y la antigua RDA—, mientras que el ama de casa «típica» sigue aceptando y viviendo la división tradicional del trabajo.

#### LA CONDICIÓN SOCIAL, O LA INSATISFACCIÓN DE SER AMA DE CASA

Sin embargo, no todas las que se dedican a sus labores se sienten descontentas. Al fin y al cabo, la actividad de ama de casa puede haber sido objeto de una elección consciente. Ofrece, por ejemplo, la posibilidad de eludir una vida profesional insatisfactoria y la presión constante de la sociedad del rendimiento. Otros aspectos favorables son la libre distribución de la jornada y el tiempo disponible para una actividad secundaria y para la práctica de aficiones. El precio, no obstante, es en todos los casos la dependencia del marido y el ejercicio de una actividad siempre igual y no profesionalizada. Las tareas del ama de casa se repiten a diario: hacer las camas por la mañana, lavar, limpiar, hacer las compras y cocinar. Es difícil obtener un reconocimiento por un trabajo que nunca cambia. El reconocimiento que todo el mundo busca por igual en su profesión, resulta por tanto raro, ya que ninguna de las actividades particulares plantea de por sí una elevada exigencia. La calidad profesional de un ama de casa sólo se muestra en la suma de tareas, en la organización de un hogar, mientras que, por otro lado, se diluye en una falta de significación, pues se repite a diario y carece de presencia visible. El único reconocimiento de valor crematístico que obtiene el ama de casa es un dinero de bolsillo —es decir, nada fijo, un gesto amable del marido que gana el sustento—. Es cierto que el ama de casa moderna tiene firma autorizada en la cuenta común y lleva la economía doméstica bajo su propia responsabilidad. Sin embargo, según demuestran algunos estudios, los maridos se permiten disponer de un dinero para gastos personales —procedente, por ejemplo, de las horas extraordinarias—

con más frecuencia de la que se lo conceden a sus mujeres. En 1970, sólo el 30 por ciento de las amas de casa de Alemania occidental disponía de un dinero fijo para sus gastos.

La principal actividad con que las amas de casa justifican su posición es la educación de los hijos. Sin embargo, esta fase de la vida de la mujer es cada vez más breve. En la sociedad actual, en la que lo normal son uno o dos hijos, las madres suelen encontrarse ya a los 40 años con un «nido vacío» pues, para entonces, los hijos se han ido del hogar. Esta situación no es muy antigua. A comienzos del siglo xx era habitual en muchos estratos sociales tener cuatro o más hijos. La mortalidad infantil era alta, y para poder criar realmente a cuatro habían falta otros tantos nacimientos y alguno más. Cuando el último hijo dejaba la casa, las mujeres pasaban de los 50 años. Hoy, en cambio, a los 40, comienza el problema de justificar la función de ama de casa y, posiblemente, la insatisfacción por esa condición social. Sin embargo, esta misma generación de mujeres de edad mediana carga a menudo con otra tarea que le ha valido en algunos países la denominación de «generación bocadillo». Se trata del cuidado de los ancianos —sus padres y los de su marido—, que vuelve a atar al carro a muchas amas de casa durante una larga serie de años. Estas tareas asistenciales llevan aparejada a menudo una notable carga cuando las personas mayores no quieren adaptarse, cuando las atenciones requieren mucho tiempo y esfuerzo físico y cuando el ama de casa se desgasta, como un «parachoques psíquico», entre los padres necesitados de sus cuidados y su esposo. En este sentido nos limitaremos a señalar que una gran parte de la ayuda económica que presta el Estado a las amas de casa tiene el efecto secundario de consolidarlas, por así decirlo, en esa misma función. Una de esas ayudas es la aportación económica asistencial destinada a liberar de obligaciones a las costosas instituciones de asistencia pública y pagar el cuidado en el hogar; en efecto, ¿quién carga con el cuidado domiciliario?; ¿sobre quién se ejerce la presión fiscal y moral? La baja maternal, además de aliviar el mercado de trabajo, tiene igualmente el efecto secundario de confirmar a las mujeres en su función de amas de casa. Los tiempos «vacíos» de actividad remunerada, así como la jubilación anticipada de las mujeres permitida por la ley (a los 60 años, en vez de a los 65, como en el caso de los hombres), tienen como ulterior consecuencia la concesión de pensiones de vejez más bajas para las mujeres.

La insatisfacción no surge sólo de la actividad en sí, sino, principalmente, de la asignación preceptiva de funciones. Lo que provoca la insatisfacción de las mujeres es la fuerte limitación de las posibilidades de elección que les ofrecen los sistemas sociales y de política familiar, por ejemplo, en Alemania, Inglaterra y los Estados de la Europa meridional.

Hay, no obstante, un factor de insatisfacción que une a todas las madres y amas de casa asalariadas de Europa: la falta de apoyo por parte del marido. Una inmensa mayoría las mujeres casadas realiza en toda Europa las tareas del hogar —con independencia de si tienen hijos y de cuántos son, de si son sólo amas de casa o de si ejercen una actividad laboral plena—. En las clases bajas y medias, los hombres se remiten a la división tradicional del trabajo. En las clases altas, donde la disposición para mantener un matrimonio de camaradería está más difundida, la colaboración práctica se detiene en sus inicios, pues el esposo, al tener un «trabajo de persona y media», se encuentra ya en el límite de sus posibilidades de resistencia. Así pues, para dar a las esposas y madres más libertad de elección en sus decisiones profesionales, deberían cambiar muchas cosas no sólo en la política familiar, sino también en la social y económica. La profesión de «ama» o «amo de casa» se convertirá en un oficio con igualdad de derechos cuando se trate de una opción susceptible de ser elegida.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDERSEN, Arne, *Der Traum vom guten Leben, Alltags- und Konsumgeschichte vom Wirtschaftswunder bis heute*, Fráncfort del M., 1997.
- BLUTH, Siegfried, *Der Hausfrau gewidmet. Ein Beitrag zur Kulturgeschichte der Hausfrau*, Weil der Stadt s.a.
- BUDDE, Gunilla-Friederike (ed.), *Frauen arbeiten. Weibliche Erwerbstätigkeit in Ost- und Westdeutschland nach 1945*, Gotinga, 1997.
- DUBY, George y FERROT, Michelle (eds.), *Geschichte der Frauen*, vol. 5, Nueva York, 1995.
- FREVERT, Ute, *Frauengeschichte - Zwischen bürgerlicher Verbesserung und neuer Weiblichkeit*, Fráncfort del M., 1986.
- FOOKEN, Insa y LIND, Inken, *Vielfalt und Widersprüche weiblicher Lebensmuster. Frauen im Spiegel sozialwissenschaftlicher Forschung*, Nueva York, 1994.
- HAGEMANN, Karen, *Frauenalltag und Männerpolitik. Alltagsleben und gesellschaftliches Handeln von Arbeiterfrauen in der Weimarer Republik*, Bonn, 1990.
- HANTRALS, Linda, *Managing Professional and Family Life - A Comparative Study of British and French Women*, Worcester, 1990.
- KETSCHAU, Irmhild y MERTHESSEL, Barbara (eds.), *Hausarbeit - gesellschaftlich oder privat? Entgrenzungen - Wandlungen - alte Verhältnisse*, Baltmannsweiler, 1991.
- MARSH, Catherine y ARBER, Sara (eds.), *Families and Households. Divisions and Change*, Nueva York, 1992.
- MEYER, Sybille y SCHULZE, Eva, *Technik im Familienalltag*, Zürich, 1994.
- OSTNER, Altona, *Beruf und Hausarbeit. Die Arbeit der Frau in unserer Gesellschaft*, Nueva York, 1982.

70/Referencias bibliográficas

- PROSS, Helge, *Die Wirklichkeit der Hausfrau. Die erste repräsentative Untersuchung über nichterwerbstätige Ehefrauen: Wie leben sie? Wie denken sie? Wie sehen sie sich selbst?*, Reinbek, 1975.
- RAPIN, Hildegard (ed.), *Der private Haushalt - Daten und Fakten*, Nueva York, 1990.
- (ed.), *Frauenforschung und Hausarbeit*, Nueva York, 1988.
- Ungleiche Schwestern? Frauen in Ost- und Westdeutschland*, editado por Haus der Geschichte der Bundesrepublik Deutschland, Bonn, 1999.
- WEISMANN, Anabella, *Froh erfülle Deine Pflicht. Die Entwicklung des Hausfrauenleibes im Spiegel trivialer Massenmedien in der Zeit zwischen Reichsgründung und Weltwirtschaftskrise*, Berlin, 1988.

Capítulo tercero  
**LA ESTRELLA**  
*Ricarda Strobel*